



“Arenas y Zapata. Algunos antecedentes y transcripción de testimonios”

p. 15-40

*Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata*

Miguel León-Portilla (edición)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2022

114 p.

Figuras

(Cultura Náhuatl, Monografías 20)

ISBN 978-607-30-5487-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 15 de febrero de 2022

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/081b/manifiestos\\_nahuatl.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/081b/manifiestos_nahuatl.html)

D. R. © 2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## ARENAS Y ZAPATA ALGUNOS ANTECEDENTES Y TRANSCRIPCIÓN DE TESTIMONIOS

Situar en su contexto las proclamas o manifiestos dirigidos en náhuatl a la División Arenas y a los pueblos donde ésta operaba, exige valorar lo que fueron los contactos, vinculación primero y después abierto rechazo, entre Emiliano Zapata y Domingo Arenas, durante los años de 1914 a 1917. Para ello, tomando el agua de más arriba, recordaré algunos hechos.

Domingo Arenas nació el 4 de agosto de 1888 en Santa Inés Zacatelco, Tlaxcala. De muy humilde extracción, fue pastor, más tarde repartidor de pan y luego obrero en varias fábricas. Siendo aún bastante joven, siguió ya a quienes fueron precursores del movimiento revolucionario en Tlaxcala. Cabe recordar aquí que el primer comité agrario que se organizó en ese estado se estableció precisamente en Zacatelco. Al comité se debió una serie de huelgas y otras actuaciones que pronto fueron calificadas de subversivas. Como lo expresó el coronel Porfirio del Castillo en su obra *Puebla y Tlaxcala en los días de la Revolución*:

Todo el estado de Tlaxcala aportó valiosos contingentes en el primero y segundo episodios de la Revolución, pero el distrito de Zacatelco se reveló especialmente guerrero [...] En las llanuras, en los lomeríos, en los abruptos de Malintzin, en todos los rincones, cayeron sus hombres [...] Los generales tlaxcaltecas y los oficiales y soldados aguerridos fueron en su mayoría de Zacatelco.<sup>1</sup>

Domingo Arenas, y sus hermanos Cirilo y Emeterio, que procedían de dicha población, participaron en diversas acciones a las órdenes del

<sup>1</sup> Porfirio del Castillo, *Puebla y Tlaxcala en los días de la Revolución*, México, 1953, p. 64. El autor de este libro, coronel Porfirio del Castillo, además de haber sido gobernador de Tlaxcala en 1915, fue testigo presencial de mucho de lo que refiere en su trabajo. Constituye éste, en consecuencia, fuente de primera mano y obra de considerable interés para el conocimiento de lo que fue el movimiento encabezado por Arenas.



también tlaxcalteca Felipe Villegas. Al tiempo ya de la usurpación Huertista (febrero, 1913-julio, 1914), los enfrentamientos en Tlaxcala se acrecentaron. Muchos hacendados, empeñados en no ceder ante las exigencias del campesinado, ofrecieron su apoyo al ejército federal para acabar con los brotes revolucionarios en Tlaxcala. Ello vino a reavivar en algunos de los alzados el sentido de su lucha. Por encima de todo, la Revolución debía tener como objetivo las reivindicaciones agrarias. Entre quienes así pensaban y actuaban estuvo Domingo Arenas. Éste, por haberse distinguido en algunos encuentros y sin duda por tener capacidades de persuasión y mando, a principios de 1914, ostentaba ya el grado de general revolucionario. Como otros caudillos tlaxcaltecas, operaba él en la zona suroeste del estado, limítrofe con el de Puebla. Afiliados todos al movimiento constitucionalista, reconocían al general Pedro M. Morales como jefe, con su cuartel general en el llamado campamento de la Malintzin. Triunfo de gran importancia en el que participaron varios jefes, entre ellos Domingo Arenas —éste al frente de más de quinientos hombres—, fue la toma de la capital del estado el 20 de agosto de 1914.

Poco tiempo, sin embargo, prevaleció la unidad de los cabecillas tlaxcaltecas. La ruptura entre ellos y, por consiguiente, de un sector con respecto a los constitucionalistas, se produjo a raíz de la Convención de Aguascalientes (octubre, 1914). Antiguas causas de descontento o de antagonismo afloraron entonces. Por lo que toca a Arenas, su destino fue, precisamente por su abierta actitud agrarista, vincularse con el zapatismo. Ello, como habremos de verlo, ocurrió el 12 de noviembre de 1914.<sup>2</sup>

Antes de tratar acerca de lo que vino a ser, desde ese momento, la actuación de Arenas, importa tomar en cuenta varios hechos. El primero fue la necesidad que tuvo el tlaxcalteca —enfrentado ya contra el constitucionalismo— de hacer ver a sus seguidores que sus reivindicaciones agrarias pasaban a convertirse en realidades tangibles. Con tal propósito realizó diversas adjudicaciones de tierras. Su acercamiento al zapatismo era para él un respaldo y una nueva forma de incentivo.

<sup>2</sup> En relación con Domingo Arenas y su actuación revolucionaria, pueden consultarse: Crisanto Cuéllar Abaroa, *Domingo Arenas*, Tlaxcala, Difusión Cultural del Estado, 1961; *La Revolución en el estado de Tlaxcala*, 2 v., México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1975. Cabe recordar también el citado trabajo del coronel Porfirio del Castillo, *Puebla y Tlaxcala...*



Figura 1. General Domingo Arenas

De su actitud agrarista se derivó otro hecho: la simpatía popular que Arenas se ganó en Tlaxcala y en algunas regiones cercanas de Puebla. Eco de ello son varios corridos, de los que haré algunas citas para evocar, una parte al menos, de lo que quedó en la conciencia de sus coterráneos a modo de recuerdo suyo.

Aludiendo a su oficio de panadero, el *Corrido de Domingo Arenas*, de Miguel N. Lira, parece recoger el sentir popular:

¡Pan de dulce, pan de sal!  
y sus gritos picoteaban  
lo blanco de la ciudad.  
Granizo de balas rojas  
hizo amapolas las calles,  
en cada árbol una flor  
de pajaritos en sangre...<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Miguel N. Lira, *Corrido de Domingo Arenas*, México, Alcancía, 1932, p. 9.

Y Concha Michel, en sus *Canciones revolucionarias* (1929), con espontánea y certera intuición, por “saber repartir tierras”, conjunta, entre otras, las personas de Arenas y Zapata:

Y aunque estamos ensayando  
con nuestra Revolución,  
mucho susto te hemos dado, capitalista ladrón.  
Zapata, Carrillo Puerto,  
Domingo Arenas y Montes,  
de saber repartir tierras  
dieron muy buenas lecciones...<sup>4</sup>

Otro corrido, el de la muerte de Domingo Arenas, que más abajo se ofrece, reproduciendo la hoja que en 1917 circuló en Tlaxcala y Puebla, confirma lo dicho sobre el arraigo que tuvo en el pueblo la figura del jefe oriundo de Zacatelco. Ahora, tras haber hablado de sus antecedentes, hasta llegar al momento de su afiliación zapatista, parece conveniente tomar conciencia de lo que había sido hasta entonces la trayectoria del movimiento encabezado por Emiliano Zapata.

### *Predestinación de agrarista*

Entramos, por tanto, a recordar otros antecedentes. El que llegaría a ser conocido como Caudillo del Sur era nueve años mayor que Domingo Arenas, puesto que había nacido el 8 de agosto de 1879. Desde su temprana juventud en su pueblo de Anenecuilco y, por consiguiente, desde mucho antes de que estallara la Revolución, preocupación constante de Zapata había sido ya el problema de la tierra. Bien ha demostrado Jesús Sotelo Inclán que el agrarismo, convicción y actuación le venía a Zapata como herencia viva de la historia y de los contemporáneos de su propia comunidad.<sup>5</sup> Cual si se tratara de un destino inescapable, Zapata

<sup>4</sup> Vicente T. Mendoza, *Lírica narrativa de México, el corrido*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1964, p. 125-126.

<sup>5</sup> Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1970. Muestra esta obra, fruto de bien documentada investigación, cómo a lo largo de los siglos los habitantes del pueblo de Anenecuilco mantuvieron su lucha en defensa de sus derechos agrarios. Empeño principal era obtener que se les restituyeran las tierras de que se habían visto despo-

fue campeón de los derechos del pueblo de Anenecuilco. Su existencia dedicada, primero pacíficamente, a la defensa de esos derechos, tendrá su cauce más pleno en la Revolución. En ella irá percibiendo, cada vez más honda y ampliamente, que el problema de Anenecuilco tenía relación con otros muchos del estado de Morelos y, a fin de cuentas —más allá de las grandes diferencias regionales—, con los de la nación mexicana.<sup>6</sup>

Así empezó a combatir, al lado de Pablo Torres Burgos, que encabezó la rebelión en Villa de Ayala, el 10 de marzo de 1911. La muerte de este último determinó que se confiara a Zapata, el 29 de marzo del mismo año, la jefatura del movimiento. Zapata —en buena parte por su pertinaz insistencia acerca de la situación del campesinado, indígena y mestizo— no iba a entenderse con muchos de los grandes caudillos de la Revolución. Con Madero habló personalmente varias veces. Aunque vio sus buenas intenciones, se percató de que era difícil obtener de él apoyo pleno a la causa agrarista. Cuando fungía aún como presidente interino Francisco León de la Barra, había manifestado Madero a Zapata que, a su debido tiempo, consideraría sus demandas pero que, por lo pronto, debía licenciar a sus seguidores. Más tarde, ocupando ya Madero la presidencia, los nuevos contactos que con él pudo tener Zapata no se tradujeron en la respuesta deseada.<sup>7</sup> Lo único que con claridad se hizo saber a Zapata fue que, en definitiva, debía licenciar a sus fuerzas y someterse al gobierno. El 13 de noviembre de 1911, el ejército federal atacó a los zapatistas con autorización del presidente.

El Plan de Ayala, proclamado por Zapata quince días más tarde, fue su respuesta. El vital asunto de la tierra entraba de lleno como exigencia primordial en la Revolución.

seídos. El depositario de la documentación que en repetidas ocasiones hizo valer el pueblo de Anenecuilco, era Francisco Franco, campesino con el que estuvo en estrecho contacto Zapata, al tiempo en que él recibió el encargo de reiniciar esa defensa legal.

<sup>6</sup> Al hacer Jorge Gurría Lacroix un comentario de la obra antes citada de Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata*, atinadamente expresa que: “Hay que reconocer que estos vecinos de Anenecuilco no tenían una visión nacional del problema agrario; sus intereses estaban circunscritos a su pedazo de tierra y, por supuesto, que esta misma visión era la de Emiliano Zapata. Posteriormente esas ideas fueron abarcando territorios más extensos, hasta que las circunstancias, o tal vez los consejos de personas de más capacidades, lo convierten en un movimiento que tomó caracteres nacionales.” Jorge Gurría Lacroix, “Historiografía sobre Emiliano Zapata”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, julio-septiembre, 1970, t. XXIX, n. 3, p. 260.

<sup>7</sup> Una buena exposición de lo que fueron las relaciones entre Madero y Zapata la ofrece Porfirio Palacios en *Emiliano Zapata. Datos biográficos-históricos*, México, Libro Mex Editores, 1967, p. 65-95.



El asesinato de Madero, en febrero de 1913, obligó a Zapata a hacer frente a quien ya antes lo había atacado, Victoriano Huerta. Torpe e ingenuo fue éste cuando valiéndose, entre otros, del doctor Francisco Vázquez Gómez y luego de Pascual Orozco padre, creyó que podría lograr la sumisión de quien, en términos del Plan de Ayala, se mantenía en pie de lucha y había iniciado ya los primeros repartos de tierras desde abril de 1912.

La presencia de Venustiano Carranza en el contexto revolucionario movió a Zapata a pensar en una viable unificación, siempre a la luz de sus propósitos de reivindicación agraria. Muy pronto, sin embargo, hubo de percatarse de que, con el antiguo gobernador de Coahuila, su enfrentamiento iba a ser radical. A los ojos de Zapata, el jefe constitucionalista no parecía permeable a las preocupaciones tocantes a la restitución de tierras. Más aún, le parecía ya muy clara la postura de éste, que tenía a los zapatistas como bandidos. Por eso casi natural debió resultarle que, cuando Carranza se instaló en la capital del país, hiciera pública su decisión de combatir a los zapatistas.

Una vez que los zapatistas se presentaron, invitados a participar en la Convención de Aguascalientes (octubre de 1914), fue para ellos foro en el que se hicieron escuchar. A la postre, cuando Carranza y sus seguidores se declararon hostiles a la convención, ésta vino a quedar fundamentalmente en manos de los villistas y de los zapatistas. Tal alianza, sin embargo, resultó precaria ya que eran diferentes los intereses del jefe norteño y los del Caudillo del Sur. En tal sentido, el acercamiento zapatista a la convención no trajo, a fin de cuentas, ni cambios reales ni apoyo efectivo en favor de lo que, por encima de todo, importaba al de Anenecuilco: la cuestión agraria. Para él, los acercamientos y diálogos que había tenido con los distintos jefes revolucionarios, desde los tiempos de Madero, se presentaban, en resumen, como estéril realidad que concluía en rompimiento, indiferencia o abierta hostilidad.

### *La vinculación entre Zapata y Arenas*

En ese contexto ocurrió el acercamiento entre Domingo Arenas y Emiliano Zapata. Como ya lo hemos visto, el tlaxcalteca rompió con los

constitucionalistas precisamente al presentársele una alternativa que encuadraba mejor con sus propósitos. Plegándose a quienes habían permanecido leales a la convención, podía prescindir Arenas de cualquier obediencia al gobierno establecido en Tlaxcala y con el que discrepaba de muchas formas. Además, la vinculación con el zapatismo constituiría una alianza entre quienes anteponían, en los propósitos de la Revolución, las reivindicaciones agrarias. Arenas se sublevó contra Carranza el 12 de noviembre de 1914. Consigo arrastró a la llamada Brigada Xicoténcatl y al conjunto de sus huestes, que habrían de conocerse como División Arenas.

El ya citado coronel Porfirio del Castillo, testigo presencial de lo que entonces ocurrió, ofrece amplia información al respecto. Después de recordar la visita que hizo Venustiano Carranza a la ciudad de Tlaxcala durante los días 1 y 2 de noviembre de 1914, y su ulterior estadía en Puebla, refiere la determinación que tomaron las autoridades civiles y militares de ambos estados en el sentido de desconocer a la Convención de Aguascalientes. Complemento de lo anterior fue la junta, que el propio Porfirio del Castillo propuso y que se celebró el día 7 del mismo mes, y en la que los varios cabecillas tlaxcaltecas debían manifestar su propósito de adhesión permanente al constitucionalismo y al “primer jefe del mismo encargado del Poder ejecutivo, Venustiano Carranza”.

Para tal fin se redactó un acta en la que se añadió que “los que no estuvieren de acuerdo [...] firmaran al margen [...] gozando de toda clase de garantías”. El propio coronel del Castillo añade que “Domingo Arenas firmó al margen del Acta, expresando de ese modo, muy claramente, cuál era su resolución definitiva”.<sup>8</sup>

Cinco días más tarde, el 12 de noviembre de 1914, a las siete de la noche Arenas se sublevaba. El mismo testigo, que en ese momento se hallaba en el palacio de gobierno, nos dice:

Estaba yo formulando la relación de unos depósitos [...] cuando escuché tropel de caballos y un grito ¡viva Zapata! Es un borracho, me dije, pero dos minutos más tarde siguieron carreras y muchos gritos de ¡viva Zapata, muera Carranza!<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Del Castillo, *op. cit.*, p. 168.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 171.



Domingo Arenas, seguido, entre otras fuerzas, por la Brigada Xicoténcatl, salió más tarde de la capital del estado y sostuvo un primer encuentro con tropas constitucionalistas en Panotla.

No podemos citar algún documento u otra forma de testimonio acerca de cómo fue recibida por Zapata la noticia de la ruptura de Arenas con el carrancismo. Cabe suponer, por lo menos, que debió enterarse de ella con gran complacencia. La determinación del agrarista tlaxcalteca fue para Emiliano una cierta compensación en su lucha contra Carranza; podría él fortalecer ahora su acción en la zona de los volcanes.

La alianza con Arenas duró poco más de dos años. Y, por cierto, debe decirse que ha sido bastante reducida la atención concedida a la misma.<sup>10</sup> Durante el lapso en cuestión, tanto Zapata como Arenas sostuvieron no pocos y muy violentos encuentros con fuerzas de Carranza. El movimiento zapatista, antes de que se produjera su franco debilitamiento, tuvo aún bastante resonancia en diversos lugares del país. De un modo o de otro tenía seguidores en los estados de Morelos, Puebla, Tlaxcala, México, Guerrero, Oaxaca, Hidalgo, Michoacán, Veracruz, así como en el Distrito Federal y en algunos otros puntos del país.

Carranza, por su parte, al frente de los constitucionalistas, muy lejos estaba de transacciones, ya que, a pesar de la oposición zapatista, seguía aglutinando a fuerzas muy poderosas. Le importaba, desde luego, ganarse a cuantos le fueran posible y, con ese propósito, destacó a algunos agentes suyos para que se introdujeran, incluso, entre determinados grupos más o menos adictos al zapatismo.

En lo que toca a Domingo Arenas, ya desde 1916 había quienes estaban propiciando su retorno a las filas constitucionalistas. Seguramente reiteraban ante sus ojos de agrarista la importancia de la ley del 6 de enero de 1915, expedida por Carranza, para atender en definitiva la cuestión de la tierra. Además, la que cabe llamar manifiesta quiebra del movimiento que se quiso unificar en la Convención de Aguascalientes, debió pesar asimismo en el ánimo de Arenas. Era un hecho que cada día ganaba mayor fuerza el carrancismo. Parecía ya inminente la

<sup>10</sup> Biógrafos de Emiliano Zapata, como Baltazar Dromundo, Porfirio Palacios, o estudiosos de los antecedentes del zapatismo, como el ya citado Jesús Sotelo Inclán, no se ocupan de ella. Por su parte, John Womack, *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1969, hace referencia, en varios lugares de su obra, a los acercamientos y conflictos entre Zapata y el caudillo tlaxcalteca.

promulgación de una nueva constitución en la que se iba a incorporar la reivindicación agraria. En tal contexto, ¿cuál iba a ser el destino de quienes seguían luchando, a veces ya en plan meramente defensivo, en zonas que, lejos de ampliarse, se contraían ante el empuje del ejército del gobierno establecido?

Refiere Porfirio del Castillo, quien poco antes había sido gobernador de Tlaxcala, que él intervino para lograr que Arenas volviera al redil constitucionalista. El tlaxcalteca hubo de aceptar y proclamar al fin que la conciliación no era sino un paso hacia la “unificación revolucionaria”.<sup>11</sup>

Hay en el Archivo de Zapata una carta que deja entrever que los propios zapatistas sospechaban ya de la fidelidad de Arenas. Se trata de la comunicación que escribió el general Fortino Ayaquica, en el Cuartel General de Tochmilco, el 7 de noviembre de 1916, a Domingo Arenas. Éste le había pedido, según parece, celebraran una conferencia con miras a propiciar la unión entre los varios sectores revolucionarios. La carta de Ayaquica muestra que él ya se había percatado del sentido de esa “unificación”, precisamente como retorno de Arenas a las filas constitucionalistas. Entre otras cosas, Ayaquica escribe así:

Acuso recibo de sus atentas de fecha 5 y 6 de los corrientes y enterado de ellas, manifiesto a usted que conozco el móvil de la conferencia. Y si mal no recuerdo, yo fui el primero en iniciar esa unión, [a] la que, al parecer no prestó usted atención; por hoy, fíjese que no es posible la dicha conferencia tan violenta...<sup>12</sup>

No se celebró, por tanto, la junta, en la que probablemente Arenas quería atraerse a Ayaquica para que se sumara a sus propósitos. No creyendo prudente posponer lo que tenía resuelto, dio Arenas el paso por cuenta propia.

<sup>11</sup> Escribe Del Castillo: “Arenas poseía inteligencia natural, carecía de instrucción, pero era comprensivo, progresista y honrado... porque Arenas era agrarista, concretamente fue el Zapata en los valles que se extienden entre los Volcanes y la Malintzin. Peleó más de tres años con los constitucionalistas, sometiéndose en 1916. Yo acompañé al general don Cesáreo Castro que fue a Texmelucan a recibir sus contingentes; pero Arenas nunca reconoció el término sumisión o rendición; él decía siempre ‘la unificación’, ‘cuando nos unificamos’, y así lo expresaba el acta que firmó al someterse...”, Porfirio del Castillo”, *op. cit.*, p. 157.

<sup>12</sup> Comunicación del general Fortino Ayaquica a Domingo Arenas, 7 de noviembre de 1916, Archivo Histórico de la UNAM, *Archivo de Zapata*, caja 28, 2.

*Arenas se reintegra al carrancismo*

El ya citado Porfirio del Castillo consigna que le correspondió acompañar al general Cesáreo Castro, hombre de la confianza del general Pablo González, que fue a recibir el reconocimiento formal de Arenas, que así se sometía a Carranza. Ello ocurrió en la hacienda de San Matías Atzala, cerca de Huexotzinco, el 1 de diciembre de 1916. Don Venustiano confirmaba a Arenas el grado de general de división y le encomendaba se hiciera cargo de la plaza de San Martín Texmelucan, para vigilar con sus hombres una amplia región colindante.

Al enterarse Zapata de que Arenas se había reintegrado al carrancismo, experimentó hondo desengaño y cólera. En su pensamiento los ideales agraristas sufrían un nuevo agravio.

Arenas, sin embargo, no iba a abandonar su lucha en favor de los desposeídos de tierras. Más allá del paso que había dado al plegarse al carrancismo, su pensamiento continuaba siendo afín al de Zapata. De ello da prueba —además de algunas expropiaciones que se siguieron realizando por órdenes suyas— una carta que dirigió en febrero de 1917, a su bien conocido, el coronel Porfirio del Castillo:

Mucho agradezco a usted haya comprendido mi actitud e interpretado mis sanas intenciones en beneficio del pueblo; es que usted pertenece a la raza indígena a la que yo pertenezco, y ha desplegado su esfuerzo, como todos nosotros, en pro de la justicia [...] Someter al terrateniente, al negrero y acaparador de los brazos del campesino, al monopolizador de todas las riquezas naturales, elevar al indio de su miserable situación de esclavo de la hacienda a la categoría de ciudadano y de pequeño propietario; despertar esa clase, haciéndola consentir en que es la dueña de la tierra que pisa, provocar en su alma la sed de instrucción; y en una palabra, formar una nación de hombres libres, ennoblecidos por el trabajo justamente remunerado [...] Tales son en mi concepto los lineamientos de nuestras futuras labores.<sup>13</sup>

Quien así se expresaba, a pesar de su separación respecto del zapatismo, no había perdido, según parece, la esperanza de una nueva forma de unificación con el Caudillo del Sur. En el Archivo de Zapata existen copias y originales de algunas de las comunicaciones que volvieron a cru-

<sup>13</sup> Del Castillo, *op. cit.*, p. 251.

zarse, a partir de entonces, entre Domingo Arenas y Emiliano. Mostró éste especial interés por intentar un acercamiento hacia marzo y abril de 1917, cuando pensaba que le sería posible atacar la ciudad de Puebla.<sup>14</sup> Tenía noticias de que Arenas, aunque continuaba ostentándose adicto a los constitucionalistas, había entrado en más de una fricción con ellos. Las diferencias del tlaxcalteca se debieron principalmente a su decisión de aplicar medidas inmediatas en materia de restitución de tierras. Además, nunca gozó él de la confianza plena del gobierno que presidía Carranza.

De cualquier forma, debió parecer adecuado a Zapata no desdeñar lo que podía significarle la potencial ruptura entre los constitucionalistas y Arenas. Éste, de modo aparente o real, volvía a insinuar deseos de contactos amistosos. Zapata se hallaba, por tanto, a la expectativa. El general Ayaquica, conocedor de lo que entonces ocurría, dejó el siguiente testimonio:

[Se mantenía] Emiliano Zapata en su prudente espera de que los hechos demostraran palpablemente cuál era la posición de Arenas, ya que no confiaba en sus protestas y lealtad, ni en los planes que le había comunicado.<sup>15</sup>

Tocó al general Marcelo Caraveo dar los pasos necesarios para que se llevara a cabo una primera entrevista entre Arenas y representantes de Zapata. Ésta tuvo lugar el 11 de junio de 1917, en la hacienda de Menatla, Atlixco, Puebla. Concurrieron a ella los generales Marcelo Caraveo, Gildardo Magaña, Ismael Velasco y Fortino Ayaquica. Al decir de este último, la conferencia culminó con un acuerdo. Arenas aceptaba como compromiso formal que

en el término de un mes, contado desde la fecha de la conferencia, desconocería al gobierno del señor Carranza y se reincorporaría a las filas surianas, de las que aseguró y ratificó no estaba sino aparentemente separado para la realización de su plan y en pro de la revolución agraria.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Comunicaciones de Zapata a Domingo Arenas, del 7 de marzo de 1917; del 5 y 13 de abril del mismo año. Archivo Histórico de la UNAM, *Archivo de Zapata*, caja 28, 1.

<sup>15</sup> Fortino Ayaquica, "Cómo perdió la vida el general Domingo Arenas", XIX. Serie de artículos publicados en *El Hombre Libre. Periódico de Acción Social y Política*, México, 3 de diciembre de 1937, p. 3, columna 1.

<sup>16</sup> General Fortino Ayaquica, artículo citado, *El Hombre Libre*, 3 de noviembre de 1937, p. 3, columnas 6 y 7.

El que transcurriera el plazo, libremente aceptado por Arenas, sin que se produjera su ruptura con Carranza, ni su reincorporación a los zapatistas —en opinión del general Ayaquica— avivó las sospechas de éstos frente a otro posible engaño de parte del tlaxcalteca. Tenemos noticias sobre la secuencia de los hechos gracias a testimonios de uno y otros bandos. Como más abajo habré de transcribirlos, me limito ahora a resumir lo acontecido.

### *La muerte de Domingo Arenas*

Una vez más hubo intercambio de misivas. Al fin se acordó celebrar otra conferencia. Tuvo ésta lugar en la hacienda de Huexocoapan, Atlixco, Puebla, el 30 de agosto de 1917. Participaron, del bando del tlaxcalteca, además de él, el coronel Rayón y el mayor Aguilar, con sus respectivos asistentes. Del lado zapatista estaban los generales Gildardo Magaña, Fortino Ayaquica y Encarnación Vega Gil, así como algunos subalternos. Las escoltas de uno y otro grupos de comisionados debían quedar a una distancia convenida. Lo que allí ocurrió es relatado, de modo muy distinto, por arenistas y zapatistas. Dos coincidencias hay al menos. La primera es que, recíprocamente, se acusan unos a otros de traición. La segunda es la constancia de lo que, a fin de cuentas, fue el desenlace: la muerte de Arenas, que allí tuvo lugar. En extremo dramáticas son ambas versiones. Dejaré luego hablar a los testimonios de los tlaxcaltecas, Porfirio del Castillo e Ignacio Coca Mendieta, así como del zapatista general Ayaquica.

La muerte de Domingo Arenas en modo alguno fue punto final en la lucha. Cirilo, su hermano, se mantuvo en pie de guerra. Por una parte, era su propósito vengar la muerte de Domingo —de hecho, el gobierno de Carranza, que se fiaba muy poco de él, aceptó con reticencias que no depusiera las armas, en tanto que combatiera a los zapatistas— y, por otra parte, deseoso de recuperar para sí mismo el arraigo popular que había tenido su hermano, insistía en que era también su propósito hacer realidad los ideales agraristas. Esto último, que lo llevó a actuar en ocasiones no en función de la legislación vigente sino por su cuenta, iba a precipitar su ruptura con el gobierno de Tlaxcala y con el de la federación, presidido por Carranza.

Las fuerzas que comandaba Cirilo se conocían en Tlaxcala con el nombre de “División Arenas”. Aunque oficialmente se comenzaba ya a describirlas como una partida de asaltantes, gozaron por lo menos de cierta popularidad entre los campesinos. Proviene de Tlaxcala recordaciones en tal sentido, entre ellas un “Corrido de Cirilo Arenas”.<sup>17</sup>

Éste fue el contexto en que Emiliano Zapata quiso volver a ganarse a ese conglomerado de tlaxcaltecas, enfrentados ya a Carranza, los integrantes de la División Arenas. Hallándose en Tlaltizapán, encargó en abril de 1918 la redacción de dos manifiestos en castellano y, por sugerencia ajena o porque él mismo lo tuvo por conveniente, dispuso que, al tratarse de campesinos entre los que abundaban los hablantes del náhuatl, se difundieran también los manifiestos con debida expresión en dicha lengua. Uno de ellos —como ya se dijo— iba dirigido a los “jefes, oficiales y soldados de la División Arenas”. En él, exhortándolos a olvidar los motivos de separación, los felicitaba Zapata por haber roto con Carranza y les extendía la invitación de sumarse a la causa de los que luchaban por la reivindicación de la tierra. El otro, destinado a los “Habitantes de los pueblos de la zona de operaciones de la División Arenas”, considerados como apoyo o simpatizantes de ella, llevaba el propósito de invitarlos a apartarse por entero del carrancismo y sumarse al movimiento de quienes luchaban por la implantación de la justicia agraria.

En el mismo archivo al que pertenecen estos manifiestos existe un documento que aquí debe citarse. Me refiero al texto del que se describe como *Boletín Número 1*, Servicio informativo, del domingo 28 de abril de 1918, escrito en máquina en el Cuartel General del Ejército Libertador, en Tochimilco, Puebla. Entre las varias noticias que da el *Boletín* hay una que difunde que las “fuerzas de la División Arenas habían desconocido al ‘gobierno’ de Carranza” y que en algunas zonas de la parte que dominaban se libraban algunos combates con tropas carrancistas.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Corrido de “Cirilo Arenas”, en Armando de María y Campos, *La revolución mexicana a través de los corridos populares*, 2 v., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1962, p. 175-179.

<sup>18</sup> Archivo Histórico de la UNAM, *Archivo de Zapata*, caja 29, 3.



Figura 2. Asesinato del valiente general Domingo Arenas

“Triste noticia les traigo de un crimen que ya pasó, que á mi general Arenas Ayaquica lo mató

“El valiente Don Domingo á Ayaquica lo citó para que se sometiera con Carranza á quien sirvió.

“Ayaquica muy formal le dijo que fuera á Atlixco, y que allí lo esperaria para volver al aprisco.

“Con su noble corazón nunca temió una celada y con su estado mayor se dirigió a la Cañada.

“Ayaquica lo esperaba rodeado de sus soldados, le dió el abrazo de Judas, y retiró á los malvados.

“Con astucia infernal Forti o estaba contento y le ofreció como amigo trabajar para su intento.

“Dijole que muchos jefes de Zapata ya querían rendirse, pues se cansaban con la guerra que seguían.

“El general ya creyó segura la rendición, y nunca pensó llegarán a hacerle tan vil traición.

“Después que se pasó un rato de pláticas y promesas, le dijo que lo esperara que iba á retirar sus fuerzas

“El general muy confiado bien tranquilo se quedó sin notar que por un flanco un bulto se levantó.

“Un coronel Zapatista sacó el revolver traidor y por detrás hizo blanco en el conñado señor.

“La traición se alzó terrible un cerco de hombres malvados no dejaron ya que Arenas fuera por leales salvado.

“Otras muchas balas luego hicieron blanco después, y como perros rabiosos se arrojaron sobre de él.

“Su cadaver fué arrastrado por lo montes y los llanos por quienes quiso tratar como si fueran hermanos.

“Así terminó aquel bravo vencedor en San Martín, en Chiautenpan y Tlaxcala, Apizaco y San Joaquin.

“Por su corazón valiente y por su noble lealtad, solo, y entre los malvados, á Atlixco se fué á entregar.

“Quisieron ellos vengarse de la supuesta traición que á la causa de Zapata hizo con su rendición.

“Es una causa perdida la de Zapata Emiliano, que hace sufrir con su sana á este Pueblo Mexica.

“Los nobles son como Arenas que no quieren ver llorar á la pobre Patria mia, y la van á consolar.

“No los que van al avance sin ponerse á trabajar, y solo en el robo buscan la manera de medrar.

“Ahora su hermano Cirilo, que también es general, ha jurado la venganza y se dispone a pelear.

“Seguirá contra Zapata una guerra sin cuartel, y ojalá que el asesino pague su crimen muy bien.

“Ya les canté este corrido que es triste, no hay que negar pero si fue mal cantado creo que me han de dispensa”

Tal noticia, publicada sólo un día después de la fecha en que se comenzaron a difundir en náhuatl los manifiestos a la División Arenas, es bastante reveladora. No hay duda de que importaba a Zapata incrementar sus fuerzas con la misma.

De la significación de los manifiestos, en función de la actitud de Zapata ante los indios, trataré más abajo. Lo hasta aquí expuesto ayudará, según pienso, a conocer mejor los antecedentes en que se emitieron los documentos en cuestión. Como complemento, transcribo en seguida las principales diferentes versiones acerca de la muerte de Domingo Arenas.

#### *El breve relato del exgobernador Porfirio del Castillo*

“Al servicio ya del gobierno, el general Arenas recibió órdenes de combatir a los zapatistas, y en sus primeras acciones estuvo a punto de capturar al general Eufemio Zapata, quitándole la cabalgadura predilecta de don Emiliano, una fina yegua que llamaban la “Barragana”. Era, pues, un positivo peligro y había que acabar con él de cualquier modo.

“Cayó víctima de una celada en la hacienda de Huexocoapan, Atlixco, Puebla, cuando él creía haber conseguido la rendición de otros jefes zapatistas que deseaba ofrecer al señor presidente Carranza como prueba de adhesión, en una audiencia que yo estaba gestionando, con el deseo de que el Primer Jefe corroborara el valimiento y los propósitos de Arenas.

“Su muerte fue un asesinato a puñaladas, mediante cobarde traición que los arenistas atribuyeron principalmente al general Gildardo Magaña, jefe del Estado Mayor de Zapata, y aún se aseguró que Magaña personalmente le asestó la primera puñalada, cosa no comprobada. El cadáver fue decapitado y la cabeza llevada a Tlaltizapán para presentarla al general Emiliano Zapata como trofeo.

“Me encontraba yo en Texmelucan esperando el regreso del general Arenas para saber el resultado de su entrevista, cuando llegó la fatal noticia; y reuniendo los informes aislados que fueron trayendo los oficiales y soldados dispersos, de la escolta que acompañó al infortunado general y que los zapatistas mañosamente la mantuvieron a cierta distancia del lugar de la cita, redacté el parte rendido a la Secretaría de Guerra.



“Tiempo más tarde, cuando el general Gildardo Magaña condenó la traición al general Emiliano Zapata, ¿recordaría la traición a Arenas?

“Años después visité el pueblo de Tochimilco invitado por mi amigo don Fidel Briones y me mostró al individuo que, mediante el pago de unos centavos y alguna provisión de aguardiente, el día anterior a la llegada del general Arenas estuvo afilando los puñales que se utilizaron para el crimen.”<sup>19</sup>

*Testimonio del tlaxcalteca Ignacio Coca Mendieta*

“Habiéndose unido al Gobierno Constitucionalista el general Domingo Arenas, se le designó como zona de operaciones la parte noroeste del estado de Puebla, estableciendo la Comandancia Militar en San Martín Texmelucan. En tal virtud, el general Agustín Chávez, que estaba de guarnición en Huejotzingo, invitó al general Arenas para que asistiera al banquete que daba para celebrar el día de su santo. En efecto, el 28 de agosto de 1917 salió al mediodía de San Martín para dar cumplimiento a la invitación que le hizo, dejando ordenado que una escolta de cincuenta hombres saliera al otro día para incorporarse, pues tenía que concurrir también a una entrevista que se verificaría en la hacienda de Huexocucapan, Puebla, con los generales zapatistas Gildardo Magaña y Fortunato Ayaquica el día 30 del mismo mes y en la que le presentarían las condiciones que deseaban se les dieran por parte del Gobierno Constitucionalista para su unificación, y de lo que ya tenía conocimiento el general Alvaro Obregón, ministro de la Guerra.

“Acompañaron al general Arenas solamente el coronel Eduardo Rayón, un mayor de apellido Aguilar, así como los asistentes de cada uno, Gonzalo Loaiza, Evaristo Arauz y uno más de nombre Crispín Loaiza. La escolta la dejaron como a un kilómetro de distancia, porque así fue previamente convenido entre ambas partes. Al llegar al lugar donde lo estaban esperando los generales zapatistas y, después del saludo, al parecer sincero, entraron en conversación sin sospechar seguramente ningún movimiento de su criminal intención.

<sup>19</sup> Porfirio del Castillo, *op. cit.*, p. 158-159.

“En el momento en que se encontraban discutiendo las condiciones que pedían para su unificación, salieron de su escondite varios hombres armados, rodeándolos rápidamente sin darles tiempo a defenderse y los atacaron a puñaladas y, según el dicho de algunos testigos, el general Magaña fue el que apuñaleó al general Arenas, y cuando vieron caer a sus víctimas, los remataron a balazos, ordenando Magaña a sus hombres que cargaran el cuerpo de Arenas a lomo de mula, pero que antes le cortaran la cabeza para llevársela a Emiliano Zapata.

“Como la escolta que llevara el general Arenas, de cincuenta hombres, la habían dejado lejos del lugar de los hechos, ésta no pudo actuar, pues cuando llegaron, ya los asesinos habían huido rápidamente con rumbo al estado de Morelos. Al tener conocimiento de los hechos el general Cirilo Arenas, hermano del general Domingo, rápidamente organizó una columna de dos mil hombres para perseguir a los criminales, y comisionó al mismo tiempo al teniente del Estado Mayor de la Brigada “Matamoros”, Erasmo Sarmiento Cabrera, para que acompañado del periodista Munguía, marchara a la ciudad de Puebla y gestionara ante el gobernador del estado, doctor Alfonso Cabrera, le diera las órdenes necesarias para recoger los cadáveres de los militares asesinados.

“En efecto, así lo hizo y a las tres de la tarde del siguiente día se los entregaban, marchando en el tren que salía para Atlixco, Puebla, a cumplimentar las órdenes que se le habían dado. Habiendo hecho dicho oficial una minuciosa investigación con las autoridades y vecinos de Huexocapan, Puebla, de los hechos, y habiéndosele entregado los cinco cadáveres, marchó rumbo a San Martín Texmelucan, pero al pasar por San Buenaventura hizo entrega a sus familiares del cuerpo del mayor Aguilar, por ser de ese lugar, llegando más tarde hasta Texmelucan, donde se procedió a darles sepultura a los cuatro restantes.

“Acompañaron al general Cirilo Arenas en la persecución de los zapatistas asesinos, los generales Alberto Pérez, Trinidad Telpalo y otros jefes de las fuerzas arenistas; pero ya no les dieron alcance por haberse dispersado rumbo al estado de Morelos, como antes se dice, ignorándose hasta la fecha dónde quedó la cabeza y cuerpo del general Domingo Arenas, considerándose que por el odio que le tenían, por haberse unificado al Constitucionalismo, lo pudieron haber arrojado en alguna barranca donde fue devorado por las aves de rapiña o fieras que por esos lugares existen. Así terminó hace cincuenta y dos años la

vida de otro de los hombres tlaxcaltecas de gran significación revolucionaria. Por órdenes de la Secretaría de Guerra, el general Cirilo Arenas se hizo cargo de la zona de operaciones, quedando al frente de las fuerzas, teniendo como jefe de Estado Mayor al general Alberto Paniagua.”<sup>20</sup>

*Un testigo de vista, el general Fortino Ayaquica*

“El día 30 de agosto de 1917 perdió la vida el general Domingo Arenas como resultado de una celada que él mismo puso a varios elementos del Ejército Libertador, entre quienes estábamos el general Gildardo Magaña y yo. Esa celada, producto de la mala fe y de la tortuosa conducta de Arenas, se volvió en su contra por circunstancias verdaderamente inesperadas que nos arrebataron de sus manos, cuando todos los detalles estaban previstos para que no escapáramos y cuando, en reducidísimo número, estábamos completamente a merced de quien había empleado fuerzas, con exceso de lujo, para lograr sus torcidos fines.

“Siguiendo mi propósito de que los documentos hablen con toda su irrefutable elocuencia, voy a reproducir el parte que ese mismo día, 30 de agosto de 1917, rendí al Cuartel General del Ejército Libertador. En ese documento se verán los detalles más sobresalientes del suceso, las condiciones adversas en que llegamos a estar y las circunstancias casuales que frustraron la realización del torvo pensamiento de Arenas. He aquí el parte:

República Mexicana. Ejército Libertador. 7a. División Mixta. Cuartel General.

Hónrome poner en el superior conocimiento de usted que ayer, a las 7 de la noche, se presentaron a este Cuartel General de mi mando, dos individuos de las fuerzas del general Domingo Arenas, uno de los cuales me entregó una carta escrita de puño y letra del mencionado general y que dice lo siguiente:

<sup>20</sup> Ignacio Coca Mendieta, “La muerte de Domingo Arenas”, *Tlaxcala Cultural*, n. 56-57, Tlaxcala, 1969. Citado por Cuéllar Abaroa, *op. cit.*, p. 125-126.

San Baltazar Agosto 29 de 1917. Señor General Fortino Ayaquica, por la presente tengo el gusto de saludarlo, hoy que me encuentro en estos lugares en donde mis fuerzas guarnecen y, para evitar dificultades con las fuerzas de ustedes, yo desearía que usted tenga a bien que tengamos una entrevista y en la que lo invito mañana a las doce en el pueblo de San Pedro Cuaco y lo mismo sé que en ésa se encuentran los señores generales Bonilla, Magaña y el compañero de usted, Alfaro, para que así cambiemos impresiones y los esperaré hasta la una de la tarde y, en caso de que ustedes no acepten esta invitación, conteste luego; y me despido de ustedes, como siempre seré amigo y tendrá uno de los últimos amigos y cuente con toda clase de garantías, con el portador espero pronto por tener que atender el servicio de mi cargo. Reciba mis saludos muy respetuosamente a todos ustedes  
S. S. D. Arenas Rúbrica.

“Una vez que me enteré de la carta trascrita, pasé a hablar con el C. General Gildardo Magaña, a quien puse al tanto del contenido y de lo que verbalmente me dijeron los enviados del general Arenas.

“Como el plazo fijado por dicho general para reincorporarse a nuestras filas había vencido y no cumplió su promesa, sino que, por el contrario, y mucho antes de vencerse, varios jefes que de él dependen siguieron cometiendo depredaciones y asesinatos en las personas de jefes adictos a nuestra causa, me vi obligado a escribir varias cartas al general Arenas sobre el particular, como de ello tiene conocimiento ese Cuartel General. Al contestarme Arenas, me dijo, en varias de sus cartas, que se aproximaría a esta zona porque tenía deseos de cambiar impresiones y, además, por conducto de sus enviados me explicó que su situación era comprometida pues habiéndose sabido nuestra entrevista en Menatla, se le estaba vigilando por elementos constitucionistas, siendo ésta la causa por la que no había podido ordenar a sus tropas que dejaran de hostilizar a las nuestras y a los pueblos de la zona revolucionaria.

“Los dos enviados del general Arenas tenían tipo de indígenas y se expresaban como tales; pero uno de ellos, que después aclaramos era oficial de su Estado Mayor, por momentos olvidaba su papel, pues, aunque quería hacerse pasar como un humilde campesino, usaba a veces un lenguaje que denunciaba en él cierta cultura. Por esta circunstancia no se resolvió desde luego si se aceptaba o no la invitación, sino

hasta esta mañana, ante la insistencia de los enviados que pasaron aquí la noche y, después de cambiar ampliamente impresiones con el C. general Magaña sobre la urgencia de que Arenas definiera su actitud respecto a su promesa y poder saber nosotros a qué atenemos.

“Resuelto el punto, salimos de esta plaza a las ocho de la mañana de hoy, hacia la zona que ocupan las fuerzas del expresado general Arenas, dentro de la cual está el punto al que nos citó en su carta. Nuestro grupo estaba formado por los generales Gildardo Magaña, Jesús Vega Gil, José Alfaro y el suscrito, acompañados de seis jefes y oficiales, dos asistentes para todos y los enviados del general Arenas.

“Cuando salimos de mi zona y entramos a la que dominaban las fuerzas del general Arenas, dos de sus oficiales vinieron a encontrarnos invitándonos a que pasáramos al pueblo de San Pedro Cuaco, donde estaba su jefe, según dijeron. Manifesté a los enviados la conveniencia de que el general Arenas avanzara y que nosotros haríamos lo mismo para darnos encuentro en un punto fuera de San Pedro Cuaco, pues por existir algunas dificultades de carácter personal entre algunos jefes y subalternos que me acompañaban y otros que dependían de Arenas y que habían defecionado de las fuerzas de mi mando, creí que, al encontrarse, podría surgir algo que entorpeciera las pláticas que íbamos a tener.

“Uno de los enviados se retiró y con él quien había olvidado su papel durante la noche anterior; pero quedó con nosotros el otro enviado y el que acompañó en su comisión hasta esta plaza, a quien se retiró. A poco volvieron los dos y como yo vi con curiosidad el hecho de que regresara, pues supuse que su misión había terminado, al presentarse nuevamente y al notar mi curiosidad, me dijo cuadrándose militarmente: ‘A sus órdenes, mi general, soy el secretario particular de mi general Domingo Arenas.’ Ignoro si se atribuyó ese cargo o si en verdad lo tenía.

“Un nuevo oficial de la escolta de Arenas, según dijo, acompañaba a quienes volvieron y uno de ellos nos expresó que, en opinión de su jefe, la conferencia podía celebrarse en la hacienda de Huexocoapan, en donde sería posible hablar ampliamente mientras se preparaba comida para todos.

“Como dos meses antes, según tiene ya conocimiento ese Cuartel General, el coronel Manuel García propietario de la finca y que había militado a mis órdenes, había defecionado de nuestra causa y se incor-

poró a las tropas de Arenas. Como uno de los pretextos que entonces puso para abandonar la causa de la Revolución Agraria, había sido la existencia de ciertas dificultades que tenía con el general José Alfaro, jefe de mi Estado Mayor, y yendo éste en la comitiva, creí prudente manifestar que la entrevista se llevara a cabo fuera de la hacienda, pues al verse García y Alfaro, era probable que se provocara un incidente que tal vez impidiese el curso de la plática o que entorpeciera la finalidad que se perseguía, toda vez que las dificultades entre los dos jefes mencionados eran serias.

“Volvieron los enviados del general Arenas para exponerle las nuevas razones y en vista del peso de las mismas, aceptó que la entrevista se celebrara a la mitad de la distancia entre la finca, donde ya se encontraba, y el lugar en que nos hallábamos nosotros. Para ello mandó decirnos que estaba de acuerdo y que, hallándose en la azotea de la finca, al vernos avanzar, él haría otro tanto, para darnos mutuamente alcance. Aunque ya dije que nos hallábamos dentro de la zona que dominaban las fuerzas del general Arenas, no está por demás que exprese que todos los preparativos de la entrevista se estaban tratando dentro de esa misma zona.

“Pocos momentos antes de iniciar el avance, un vecino que llegó de San Baltazar Atlimeyaya, población que también está dentro de la zona que ocupaban las fuerzas del general Arenas, nos comunicó, tanto al general Magaña como a mí, de una [forma] reservada e independiente al uno del otro, pues ni un solo momento se nos apartaban los enviados de Arenas, que este general en una cena que le ofrecieron algunos elementos en San Baltazar, y a la que concurrieron jefes militares de alta graduación procedentes de Puebla, había expresado que ese día, el de la entrevista, si le daba resultado el plan que venía preparando, se comprometía a llevamos vivos o muertos al general Magaña y a mí, y que correspondería a la cena, con otra que pensaba dar en Puebla para celebrar el suceso.

“Aunque como digo, tanto al general Magaña como a mí, nos fueron comunicadas las intenciones de Arenas, no pudimos cambiar impresiones por las circunstancias en que nos hallábamos. Es necesario expresar que el individuo que nos trajo las noticias y que es uno de los numerosos simpatizadores que tiene la causa aun dentro de las zonas enemigas, había venido a buscarnos a Tochimilco; pero al no encontrarlos, porque habíamos salido ya para conferenciar con Arenas, dio los

informes a los jefes que aquí estaban, entre ellos al general Encarnación Vega Gil cuyo hermano Jesús formaba parte de nuestra comitiva. Fue natural que en vista del peligro que corríamos, el general Encarnación Vega Gil reuniera a un grupo como de cien hombres bien montados y que con ellos saliera violentamente de esta plaza en nuestra busca.

“Mientras tanto iniciamos la marcha hacia la hacienda de Huexocoapan, al mismo tiempo que el general Arenas salía de ella, conforme a lo convenido. Al encontramos, Arenas nos saludó con frialdad y pudimos notar en él un cambio en su actitud, con respecto a la que había tenido en la primera entrevista, pues su semblante era adusto. Bajamos de los caballos y se formaron dos grupos; en uno de ellos quedaron los generales Arenas y Magaña, acompañado el primero por seis de sus subalternos, y el segundo por Francisco Ponce, quien se situó a prudente distancia de ambos generales. En el otro grupo quedamos el suscrito, los que conmigo habían salido de Tochimilco, a excepción de Ponce, el coronel Rayón, de las fuerzas de Arenas y como ocho jefes y oficiales de las mismas fuerzas. Ambos grupos quedaron separados por un matorral, pero no estaban distantes y podían oírse las voces de uno y otro. Frente a todos se colocó la escolta de Arenas compuesta como de sesenta hombres.

“Pude darme cuenta de que Arenas estaba de pie, pues aun cuando el general Magaña le ofreció asiento en una piedra en la que se había acomodado, no aceptó y permaneció en la forma que digo. Arenas estaba nervioso, movía constantemente un fuste que llevaba en la mano, al mismo tiempo que dirigía miradas hacia la escolta y al lomerío que quedaba frente a nosotros y sobre el cual se veían numerosas fuerzas de su división, apostadas probablemente en espera de órdenes.

“Al jefe Francisco Ponce se le acercó el indígena que nos trajo los informes sobre las intenciones de Arenas y le comunicó lo que sabía, pues yo noté que Ponce observaba cuidadosamente los movimientos de Arenas.

“Como se ve, nuestra situación era muy comprometida, pues nos encontrábamos dentro de la zona de Arenas; su escolta estaba cercana, había fuerzas suyas en la hacienda, así como en el lomerío distante como unos ochocientos metros y, probablemente, a una señal convenida bajarían esas fuerzas, saldrían las de la hacienda y la escolta, muy cercana a nosotros, podía hacernos prisioneros o muertos. Me revestí

de toda la prudencia posible y me limité a conversar con el coronel Rayón sobre el tema que, posteriormente supe, era el mismo que habían abordado los generales. Arenas y Magaña, al saber; que en lugar de que el primero volviese a nuestras filas, se nos invitaba a pasarnos a nosotros a las filas constitucionalistas. No era esto lo convenido en Menatla y ni siquiera los enviados de Arenas me habían dicho una sola palabra sobre el particular cuando me trajeron diversas cartas en contestación a las mías.

“Al dirigir una mirada alrededor, en observación, de lo que hacían los numerosos hombres de Arenas, pude ver a quien olvidó por momentos su papel en la noche anterior, colocado detrás de un cazahuate y con una carabina en las manos, observando los movimientos del general Magaña. Con la mirada indiqué al jefe Gabino Ramos lo que estaba sucediendo, a fin de que no perdiera de vista a quien se hallaba detrás del cazahuate. Por momentos la conversación entre los que formábamos el grupo en que yo estaba, se hacía acalorada, porque el compromiso había sido que las fuerzas de Arenas se reincorporaran a las del Sur y, en vez de ello, se nos proponía defeccionar.

“En esos momentos se produjo un disparo [de] parte de uno de los hombres de la escolta de Arenas, disparo que hirió a uno de los nuestros en la nuca y que estoy seguro que era la señal dada por Arenas, porque los componentes de la escolta comenzaron a hacer fuego sobre nosotros y lo mismo hicieron el coronel Rayón y quienes estaban hablando en el grupo en que yo me encontraba. El coronel Rayón usó de su arma con verdadera habilidad.

“Los hombres que logró reunir el general Encarnación Vega Gil y que venían en nuestra busca, no pudieron llegar más oportunamente, pues asomaron en los momentos en que se oían los primeros disparos. Al ver lo que estaba sucediendo, emprendieron la carrera haciendo fuego sobre la escolta y sobre las fuerzas que estaban en el lomerío, con lo que se produjo un encuentro tan inesperado por nosotros como por las tropas de Arenas, siendo esta circunstancia la que impidió que cayéramos en las manos de quienes ya tenían esto como un hecho.

“Supe después que, al oírse el primer disparo, el general Arenas dio un paso atrás, echó manos a la pistola e hizo fuego sobre el general Magaña sin lograr blanco, por lo que el último que, aun cuando llevaba



pistola, no pudo usarla por lo inesperado de la agresión, se defendió instintivamente pegándose a su adversario y sujetándolo de las ropas, con lo cual consiguió entorpecer los movimientos de Arenas e impedir que la escolta hiciera fuego por temor de herir a su jefe Arenas. Se trabó entonces un forcejeo entre los generales Magaña y Arenas y como el último hiciera nuevo disparo y el general Magaña siguiera imposibilitado para usar de su arma de fuego, utilizó un cuchillo de monte que llevaba, hiriendo al general Arenas en el vientre.

“El general Magaña seguía pegándose a Arenas, quien tal vez en uno de sus movimientos, logró soltarse y emprendió la huida hacia donde los suyos estaban. Ese hecho favoreció al general Magaña, pues Arenas recibió varios balazos, ignoro de quiénes, que lo dejaron tendido en el suelo.

“Como en la refriega resultó muerto el coronel Rayón, después de haber usado varios cargadores de su pistola y de haber hecho blanco en muchos de sus disparos, pude dirigirme al lado del general Magaña, quien se aproximaba a nuestro grupo agachándose cuanto podía para esquivar los balazos que se le disparaban.

“Lo que acabo de referir fue rapidísimo, y como las fuerzas de Arenas vieron que su jefe había percido, sobrevino en ellas la desmoralización, por lo que emprendieron la retirada. Ordené entonces al general Ismael Velasco que recogiera el cadáver del que hasta poco antes se llamó Domingo Arenas y que lo condujera a esta población para lo que procediese hacer posteriormente.

“En este hecho hubo varios heridos y muertos por ambas partes; pero todavía ignoro su número porque aún no se me rinde el parte por los encargados de levantar el campo.

“Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de usted, en la inteligencia de que como, para ese Cuartel General sale el C. general Gildardo Magaña llevando el cuerpo de Domingo Arenas, él ampliará los detalles de este suceso. El mismo C. general Magaña lleva el original de la carta que transcribo al principio de esta comunicación.

“Tengo el honor de hacer a Ud. presente mi subordinación y profundo respeto.

‘Reforma, Libertad, Justicia y Ley’  
Cuartel General en Tochimilco.



Puebla. Agosto 30 de 1917.  
El General Fortino Ayaquica.

Al C. General Emiliano Zapata, Jefe Supremo del Ejército Libertador.  
Tlaltizapán, Mor.

Y así fue cómo el general Domingo Arenas, resultó víctima de su propia conducta y de la celada que había puesto, tal vez pensando que en esta ocasión sus planes darían el mismo efecto que cuando había asesinado a otros elementos del Ejército Libertador.

General Fortino Ayaquica”<sup>21</sup>

<sup>21</sup> Fortino Ayaquica, “Cómo perdió la vida el general Domingo Arenas”, XXI, *El Hombre Libre y México*, 8 de noviembre de 1937, p. 3, columnas 1-7.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS